

Auge y caída de los Laughin' Loafers

KIKO AMAT

Una noche de junio del año 1992, tres muchachos de Sant Boi fueron a una fiesta a Sant Feliu de Llobregat. Formaban parte de una no-tan-variopinta asociación de *mods* y *skins* llamada Laughin' Loafers⁰⁰¹. Durante los años previos, los L.L. se habían desplazado en masa a la mayoría de eventos, pero aquel día varios de nosotros causamos baja, por razones que no acierto a recordar.

Era ya de noche cuando Ros, Pep y Vives⁰⁰² llegaron al pueblo. Para hacer tiempo, decidieron acercarse a aplaudir el paso de la antorcha olímpica (asumo que con espíritu sarcástico-beodo). Cuando el portador de la tea desapareció tras una loma, se encaminaron al Casino donde se celebraba la fiesta. Nunca llegaron a entrar.

En la puerta se fraguaba una bulla entre *skinheads*. Uno de los bandos contaba con varios *skins* de Boixos Nois. Mis amigos no se alarmaron, porque conocían a algunos de ellos de verlos en las fiestas del Shot

001 Fui yo quien bautizó como Laughin' Loafers a aquella «sociedad soul-ska». Incluso fabriqué camisetas, pintadas a mano, para cada uno de los integrantes. El nombre nunca pasó del uso interno, y con los años, tras la incorporación de varios *herberts* (truncos de clase obrera sin otra militancia que la priva y el vandalismo), cayó en franco desuso. En cuanto a lo de *skins* y *mods*, ha sonado como si se tratase de un porcentaje 50/50, pero el único *mod* era yo.

002 Los tres nombres son seudónimos.

y de conciertos varios. En mitad del fregado, con el brazo en cabestrillo, distinguieron a Soto.

Soto era un chico de Sants. Formaba parte de una nueva estirpe de jóvenes rapados para quienes la agresión no era una consecuencia inevitable de unas pintas y un entorno jodido, sino un modo de vida, una prioridad. Algunos de ellos eran de Brigadas Blanquiazules, otros de Boixos Nois, pero todos eran nazis. Tras su tristemente célebre aparición en un *Informe Semanal* de 1991 titulado «Cabezas Rapadas, mentes fascistas», Soto⁰⁰³ se había convertido en una celebridad nacional, un icono del pelado «fascio», como se les llamaba entonces.

Nadie recuerda cómo empezó la bulla. Sabemos que estaba en curso cuando mis tres amigos llegaron. Todo apunta a que el innato instinto lúdico de los L.L. les empujó a poner paz (pues para ellos una fiesta siempre pasaba por delante del resto de consideraciones). Sin comerlo ni beberlo se vieron convertidos en la familiar figura del Separador Que Pilla.

Los Boixos escupieron hacia mis sorprendidos amigos unas cuantas amenazas, no muchas, porque si algo tienen los *boneheads* es espíritu de acción, y a los pocos minutos estaban enzarzados a hostias. Tres de los nuestros contra tres nazis. Pep pilló a uno y le clavó del cuello contra una farola, asfixiándole. Vives cayó al suelo con el segundo y continuaron zumbándose allí. Aún hoy, en parrandas, apelotonados en el baño de algún bar de chinos, comentamos la mala suerte que representó que a Ros le tocara el Soto.

Yo había visto en acción al tal Soto, en una fiesta *mod* en Communiqué, hacia 1989. Me encontraba bebiendo cerveza junto a la puerta cuando cuatro nazis del Comando Sants irrumpieron en el local. En mi recuerdo la aguja del tocadiscos patinó sobre el elepé, interrumpiendo bruscamente la música, pero dudo que sucediese así. Bombers oscuras, pelo al cero, rangers reforzadas, parches del Reich y un pastel de nata con velas humeantes donde se leía Mejor Papá del Mundo. Lo último me lo he inventado, pero lo anterior no.

Soto escrutó el local, «asegurando el perímetro», que se dice en términos bélicos. Pude observarle durante unos instantes. Parecía tomar la mayoría de sus decisiones con la mandíbula. Llevaba un colgante de

003 En una escena del reportaje respondía a la pregunta «¿Es delito matar a un travesti?» con un hierático «No».

una esvástica plateada en el cuello, y estaba flaco aún (con los años se iría poniendo *cabas*, y hacia 1991 ya parecía un He-Man). Portaba una sonrisa maníaca, de malo de western, rollo Lee Van Cleef.

Yo no me atrevía ni a respirar. El brazo que sostenía la Estrella se me quedó petrificado, camino de la boca abierta. Los ojos de Soto pasaron por encima de mí. Quizás pensó que yo era una silueta troquelada promocional, como el cocinero de los menús que suele verse en restaurantes de carretera, porque siguió su camino sin detenerse. Cruzaron a ritmo *arditi* el pequeño local, ignorando al resto de *mods*, y descendieron al sótano. Parecían tener muy claro lo que andaban buscando.

Se escucharon gritos y algún chillido. Un minuto después, dos parejas de punkis salían huyendo en diversos estados de tumefacción. Los nazis acompañaron con una terrible salva de puñetazos y patadas a los punkos sangrantes, que tras salir del local se desperdigaron por el mercado de Hostafrancs. Los nazis les fueron a la zaga. Todo había terminado muy rápido, como una ofensiva *blitzkrieg* realizada por soldados profesionales⁰⁰⁴.

Sentí una cierta depresión gástrica mientras contemplaba la escena desde la puerta. Aquello empezaba a convertirse en una costumbre. Unos pocos meses antes, a finales de 1988, había presenciado una situación casi idéntica, en un bar de la calle Industria que se llamaba Societé, durante una fiesta soul. Entrada-selección-paliza-huida-caza. Aquella vez les capitaneaba otra persona, y los damnificados eran *skins* rojos en lugar de punkos, pero en lo restante ambas bullas compartían M.O. y, naturalmente, agresores.

¿Quién cojones eran aquellos fulanos?, me dije. ¿De qué conflagración fratricida báltica habían surgido? ¿Cuál era su problema?

A mis casi dieciocho años yo había visto ya un buen número de peleas (incluso participado en alguna, siempre en el lado penoso), en bares musicales y calles del Baix Llobregat, pero hasta la fecha todas habían consistido en seis empujones, dos cuestionamientos de virilidad ajena, cuatro puñetazos, una patada en el culo, melé en la calle y, hala, cada uno a su casa a pajearse.

Ahora, tras lo del Communiqué, empezaba a ver que para aquellos siniestros sujetos lo sucedido ni siquiera era una anomalía, un suceso

004 Reproduce aquella escena, de un modo casi literal, en mi novela, *Revancha*, Anagrama, (2020), Barcelona.

aberrante nacido de una situación límite, sino una noche del montón, un viernes cualquiera.

Tardé poco en comprender (todos lo hicimos) que aquellos tipos habían venido para quedarse, que nada iba a ser como antes, y que las cosas iban a ir irremediablemente a peor. Estábamos en lo cierto en las tres formulaciones.

En Sant Feliu, en 1992, Soto no tuvo demasiados problemas en derribar a Ros, y eso que, como ya hemos comentado, llevaba un brazo escayolado. Unos dicen que le metió un cate, otros que le hizo la zancadilla. Ros no era un alfeníque afeminado como yo, pero tampoco hablamos de un Maciste. Tenía (y tiene) manos de programador informático, cuello de rovellón, pecho de tísico y un estilo pugilístico más exótico que letal (en una ocasión le vi agredir a alguien con un paraguas; y no uno rígido, en plan *Los vengadores*, sino uno de esos extensibles).

Una vez lo tuvo en el suelo, sentado (Ros había tenido la desgracia añadida de caer de culo), Soto le pegó una patada en la cara con las rangers reforzadas. Un chut tremendo, de saque de puerta. El labio de Ros explotó, empezó a manar sangre. En la conmoción resultante se deshizo la pelea. Los nazis se alejaron de allí antes de que se presentaran las fuerzas del orden.

Pep y Vives agarraron a Ros y le metieron en el Seat Panda beis de la madre del primero y le llevaron a Bellvitge, ni recuerdan cómo, uno saltándose la mitad de semáforos y el segundo asistiendo al herido, que cada vez sangraba más y estaba más pálido. Los asientos del coche quedaron completamente bañados en sangre, al estilo *Reservoir dogs*.

En el hospital cosieron al Ros, le hicieron al menos una transfusión de sangre. Él les dijo a los policías que no quería poner una denuncia y que por favor no llamasen a su madre, que le iban a pegar un susto de muerte. Habiendo atestiguado su sensatez, los médicos le dieron el alta allí mismo y le mandaron a casa. Él le contó a su madre que le habían «atracado» cuando sacaba dinero del cajero. Ignoro si ella se creyó el embuste.

Pep me llamó al día siguiente, para contarme lo que le había sucedido a Ros. Decidí ir a visitarle. Cuando llegué a su casa, él estaba sentado en un sofá, las manos en los reposabrazos. Llevaba pantuflas «Do Nothing» (como las llamaba él), sus tobillos blanquecinos emergían del pantalón de pijama. La piel del rostro tenía color de cirio misal,

el labio deforme por la hinchazón; los puntos de sutura le recorrían la piel como alambre de espino. Me miró con ojos apenados, su cabeza sobre el tapete del sofá.

En aquel ambiente, las risas de mi habitación⁰⁰⁵ parecían ecos fantasmales de otro siglo, como si entre 1988 y 1992 los años hubiesen concentrado muchos más días. Si ustedes han visto una foto de los Beatles en 1964 y una de la grabación del *Let it be*, en 1969, con Yoko Ono pululando por allí como un ectoplasma, todos con cara de dispepsia y sin mirarse a los ojos y deseando estar en otro lugar, me entenderán cuando les diga que en casa de Ros nos vi, de repente, agotados y deprimidos. Viejos de veinte años. Yo me mordía la piel del labio y no sabía qué decir ni a dónde mirar. Encima del televisor apagado había un tapete. En el sofá, otros tres. La mujer que los tricotó entró lamentándose de las angustias que le causaba el hijo pelado. Yo sonreí, me encogí de hombros y, como Paul McCartney en el estudio en 1969, deseé por un momento estar en otro sitio, uno que no estuviese tan impregnado de tristeza y decepción por las cosas torcidas.

Ros, al contrario que su madre, no se quejaba; no era su talante. Siempre fue, y es aún, alguien que les buscaba el lado positivo a las cosas. Pero no había forma de verle algo positivo a lo que había sucedido. Podía verse en su cara una expresión abisal de cansancio y desmoralización, inédita hasta entonces.

Sin que él lo expresara con palabras, comprendí que aquello terminaba allí. Esto, lo nuestro, nuestra familia, había nacido por otras razones, con una cierta inocencia lúdica, unos vínculos de afinidad sinceros y un amor franco hacia una pequeña cultura subterránea. Una subcultura que, por mucho que llegara desde los años sesenta ingleses, en nuestro país estrenábamos nosotros, y, por tanto, parecía novísima; un regalo recién desenvuelto. *The dawning of a new era*, como cantaban los Specials.

Aquella *new era* terminaba ahora, entre tapetes. Por mucho que nuestra amistad sobreviviese (y lo hizo, me alegra decir, hasta hoy), nada volvería a ser lo mismo. Lo sabía él y lo supimos todos, tras lo de Sant Feliu.

005 Pasamos muchas tardes allí, jugando al mentiroso, bebiendo Xibecas (Ros se bebía el whisky de mi padre), escuchando el *Monkey business* de Trojan o el *Club soul* de Kent (o, si quería echarlos, el *Murmur* de R.E.M.), Vives apestando la estancia con sus Ducados, quemando jerséis ajenos. Todos diciendo paridas, muertos de risa.

Ros era el primer rapado que yo había visto, si no contamos los que, de forma creciente, aparecían en reportajes sobre «tribus urbanas» o páginas de sucesos de los periódicos catalanes.

Quizás la escena siguiente no sucedió del modo que voy a relatar, pero así es como deseo recordarla: una mañana soleada de 1987 yo bajaba las escaleras del patio del instituto, y él las subía. Le tenía visto de lejos, y asumo que él a mí también, pero no habíamos cruzado palabras hasta aquel momento. Nos identificamos el uno al otro. «Eres *mod*», me dijo él, medio preguntándolo, aunque era imposible equivocarse. En el instituto no había otros *mods*, y yo vestía como un árbol de navidad excéntrico; era difícil no reparar en mi presencia. Él llevaba tejana Lee estrecha, vaqueros pitillos con dobladillo amplio, camisa blanca, tirantes caídos y zapatos Kickers. El pelo al tres. Único *skinhead* del instituto. Hablamos un rato de la 2-Tone y del «Israelites» de Desmond Dekker y algo más.

No habían pasado ni dos días cuando, de un modo que hoy se me antoja incomprensible, me uní a una turba linchadora —mezcla de progres vírgenes y tripitidores simiescos— que había decidido ir a comprobar la posible afiliación «nazi» de mi flamante colega (acababa de empezar el pánico social *skinhead*, azuzado por los medios de comunicación y la rumorología folklórica que llegaba de Barna). Él soportó el interrogatorio intimidante de aquellos capullos con toda la entereza de la que fue capaz, en la puerta de una aula. Cuando la escenita terminó, y la checka de payasos en patateras se alejó de allí, yo me quedé junto a él.

Ros, Dios le bendiga, no me pegó un puñetazo en la nariz, que siendo justos es lo que tendría que haber hecho. Su melodiosa voz de tenor me comunicó, en términos no abstractos, que eso no se hacía, y que debería haberle defendido.

Yo me miré las pisamierdas, avergonzado por mi comportamiento. Saqué de aquel acontecimiento algunas lecciones que iban a acompañarme el resto de mi vida: no sucumbas nunca a la presión social; no te escondas entre la masa para realizar actos de mierdecilla; y, sobre todo, no traiciones a tus amigos.

Desde aquel día, mi juventud se desarrolló entre *skinheads*. Aunque yo era esa insólita figura, el friqui gregario, y por añadidura *mod*, y tenía ámbitos diversos de socialización subcultural (o simplemente farrística), mi pandilla *skin* era mi núcleo duro, mi entorno íntimo, mi círculo primigenio de afinidad. Aún diría más: mi familia, la que escogí.

La gente que yo quería más que a otra gente, si me permiten expresarlo de un modo sentimental.

Mentiría si les dijese que no me daba cuenta de que aquella familia existía en un contexto social mucho más grande, relevante y trascendente. No es por hacerme el listo, pero siempre me di cuenta de cosas como esas; mi estado natural era el fervor místico y la euforia juvenil, y en aquella época ambos estados se canalizaban de forma exclusiva hacia la subcultura. De forma que, como les decía, sí vi que a nuestro alrededor estaban teniendo lugar una serie de asuntos culturales o sociales de notable importancia. Era ni más ni menos que la aparición de una nueva cultura juvenil, con sus ritos, evoluciones, cismas y carácter particular, completamente distinta en cuanto a significantes a la cultura de las generaciones previas, pero igualmente capaz de transformar las vidas, el entorno y el devenir de quienes participaban en ella.

Durante unos años, la mayoría de las charlas de bar de los Laughin' Loafers, azuzados o no por la anfetamina, se centraron en lo que sucedía internamente en la subcultura, fuesen mitos o realidades. En nuestras palabras se iba trenzando un relato, fundacional e histórico, a ratos épico y a ratos absurdo (como todos los relatos honestos son), hecho de batallas y teorías y visiones flipadas⁰⁰⁶, que buscaba explicarnos y colocarnos en un espacio del mundo. Aquella era una narrativa no tan distinta de los relatos de sí mismos que se hacían las tribus forrajeras del Noroeste americano, o los combatientes de la guerra civil española, o cualquier otro grupo de hombres y mujeres (en nuestro caso, por desgracia, solo hombres) que compartiesen estrechamente, y con convicción religiosa, un espacio físico, unos vínculos y unas ceremonias particulares.

No sé si estoy consiguiendo explicarme con precisión: lo que trato de expresar es que, durante muchos años, nuestra historia tribal, de dónde veníamos y cuándo habíamos empezado, quién había sido el primero del rollo, quién había llevado aquella pieza de ropa por primera vez, cómo evolucionaba la subcultura, para bien o para mal, era la única historia que merecía la pena estudiar (como pondrían en evidencia al poco tiempo nuestros boletines de notas –pura zona catastrófica– y el hecho de que ninguno de nosotros terminara el instituto). Historia pura, en efecto, que se iba construyendo ante nuestros ojos, día tras día. No la de los Reyes Godos, o la Constitución de Cánovas: tu propia historia. La que hablaba de ti y de tus amigos, como cantaron Los Canguros.

006 Mayormente mías.

Me he extendido una pizca, es cierto, narrándoles las circunstancias particulares de los Laughin' Loafers, su auge y su caída, antes de ponerme con el libro de Carles Viñas. Me parecía importante ponerles en escena, en primera persona, las circunstancias específicas de un grupo de gente real para que, cuando llegara el momento de subrayar la importancia de la obra, comprendiesen el alcance de mis afirmaciones.

En primer lugar, conviene decir que la existencia física de *Rapados*, las palabras impresas en el papel, ya representan un cambio novedoso, y radical, respecto al modo en que el tema ha sido tratado a lo largo de los últimos treinta años. Se lo diré de otro modo: hasta que ha llegado Carles Viñas con este libro, la historia de los *skinheads* españoles existía únicamente en formato oral, como la de los nativos norteamericanos o algunas culturas precolombinas.

Lo primero que hace *Rapados*, así, es amarrar esa narrativa verbal a un formato sólido que, por su misma condición, se asegura un lugar póstumo y garantiza que esas historias sobrevivan más allá de la existencia física de quienes las vivieron. En dos palabras: ya no depende de nuestras charlas de bar el mantener viva la historia de la subcultura (un alivio, si me preguntan).

Pero el mero trasvase de una oralidad al formato escrito puede hacerse de muchas formas. Para no arrastrar el tono del prólogo por el fango no haré referencia a títulos pretéritos, pero digamos que en España se ha tendido a creer que una historia subcultural, por su mismo origen callejero y proleta, podía ventilarse de cualquier manera, con estilo fanzinesco, faltas de ortografía, fotos pixeladas y fusiladas de texto punibles por la ley (literalmente, quiero decir: infringían copyrights clarísimos de autores foráneos).

En ese sentido, podemos considerarnos afortunados. Carles Viñas, especialista indiscutible del tema en España e inigualable arqueólogo subcultural, ha realizado la tarea de forma prolija, intelectualmente intachable, y con ambiciones de exhaustividad (más sobre lo último más adelante).

Sí, es innegable que el autor sabe de qué habla. O, mejor dicho: es quien más sabe. Cuando yo me disponía a escribir una novela ambientada parcialmente en el mundo *skinhead* de los primeros noventa, y también en el presente de gansterismo casual¹⁰⁰⁷, la mayoría de gente que entrevisté, cuando se hallaba ante una duda cronológica o le fallaba la memoria

1007 La mencionada *Revancha*.

sobre determinado evento o persona, coincidía en soltarme la misma frase: «Pregúntale a Viñas».

No tardé en hacer exactamente eso. Le pregunté a Viñas, y no una sola cosa, sino muchas. A pesar del bagaje subcultural que uno acarrea, por no hablar del testimonio directo de algunas escenas o fechas históricas del culto, sentía un cierto respeto a la hora de escribir las escenas que remitían a una época y un escenario concretos. Por mucho que los protagonistas del apuñalamiento que tiene lugar en mi libro, por poner un solo ejemplo, fuesen personajes de ficción, la fecha y forma (y consecuencias) de aquel apuñalamiento tenían que estar enclavados en un momento veraz de la historia *skin* futbolera real (pues la existencia de un marco verosímil, como sabe todo novelista proficiente, hace que la ficción adquiera una capa extra de verdad).

Viñas, ya lo imaginan, conservaba en su mente –y en sus ptolemaicos archivos de recortes– la historia entera de la subcultura *skinhead* en la península ibérica, y fue capaz de resolver todas mis dudas, incluso algunas que no había llegado a formular. Llené varias páginas de Moleskine, que aún guardo a buen recaudo, en espera del día lluvioso en que me decida a escribir la secuela. La historia que me contó es la que hallarán en las páginas de *Rapados*, si bien, en las páginas que siguen, trabajada con herramientas de historiador y académico social, y narrada de un modo exhaustivo, como apuntaba antes, casi definitivo⁰⁰⁸.

Aunque es imposible contarle todo de cualquier cosa, Viñas se acerca heroicamente a conseguirlo. Leyendo sus palabras, me sentí como un faraón egipcio resucitado que, tras años de excavaciones y mitos y fabulaciones, viese, tras la traducción inaudita de un jeroglífico impenetrable, su propia historia explicada correctamente por primera vez. Viñas pinta el panorama completo mediante el trenzado de una serie de hechos particulares, algunos de ellos de alcance local o barrial.

Dicha minuciosidad delirante es un claro atributo de la obra. *Rapados* otorga la importancia merecida (visto el devenir de la tribu) a incidentes que otro autor hubiese desestimado por ínfimos. No se me ocurre ningún otro escritor que pudiese citar con autoridad la «reunión *skinhead*» del 22 de abril de 1989 en un bar de Poblenou. O la incursión de PUA contra JEC, en el Pi de les Tres Branques, un 11-S de 1996. O la puñalada que

008 En arqueología e historia, por subculturales que sean, no hay nada definitivo. Siempre salen cosas nuevas a la luz. Pero, hoy en día al menos, *Rapados* es lo más cerca a un análisis definitivo del fenómeno con el que van a topar.

los Brigadas le metieron al Saina, en Fontana, un evento que, como bien afirma Viñas⁰⁰⁹ sellaría el cisma *skinhead* en toda España, y del que a lo largo de los años hemos hablado en bares con la reverencia histórica con la que otros comentan la conferencia de Potsdam o la derrota de Vercingetorix.

La mayoría de esta mierda no salió en los periódicos, es lo que trato de expresar. Si exceptuamos el asesinato del *skin* francés Frederic Rouquier el 13 de enero de 1991 por parte de un grupo de Boixos, el resto de historias no sería cubierto por la prensa mayoritaria, ni la minoritaria, ni por ninguna, francamente. Si no estabas allí, o no te llegaba a través del radio macuto subcultural, no te enterabas, vaya.

Y los tres ejemplos que acabo de mencionar, de entre los muchos que cita el libro, tuvieron lugar en Barcelona, paciente cero del *skinhead* ibérico y origen de todo lo demás (nadie se atrevía a discutirlo, a estas alturas, y con la aparición este libro menos aún). Imaginen lo que sucedía cuando, qué sé yo, se instituían los Ipar-Brigadak, *skins* nazi-abertzales de la Real Sociedad, en el bar Bukowski de Egia (Donostia). O cuando cuatro *skins* antirracistas de Roses se pasaban al rollo nazi en 1991. Créanme si les digo que no fueron acosados por paparazzi ampurdaneses, ni fueron portada a la mañana siguiente en el *Diari de Girona*; ni siquiera en la hoja parroquiana de la iglesia local. Es Viñas quien ha registrado para la posteridad esos fenómenos, en vistas a la ilustración del prójimo.

Pero la tonificante chanza por la que soy conocido, incluso admirado, tal vez les esté llevando a engaño: este no es un libro pop, ni una colección de anécdotas, ni un conjunto de rumores (como les señalaba antes) de tono fanzinesco. Esto es un libro de historia sociológica, o de sociología histórica, como quieran llamarlo, ensamblado con las herramientas que se le supondrían a un autor con doble formación subcultural y académica. En ese sentido, *Rapados* no tiene nada que envidiar a libros canónicos de

009 «Un rapado neonazi en compañía de un *rocker* apuñaló a dos jóvenes en el barrio de Gràcia (uno de ellos era *Saina*, batería del grupo L'Odi Social, y el otro *el Checo*, miembro de los Exploited Climbers). El asalto, cometido a plena luz del día cerca de la estación de metro de Fontana, desencadenó definitivamente las hostilidades. Después de unas semanas de calma tensa, las agresiones se multiplicaron. “Varios coches con peña armada estuvieron rastreando la ciudad buscando a los *skins* que me atacaron” recuerda la primera víctima del navajazo en Gràcia. Fue el fin de una etapa de tolerancia entre los *skins* veteranos y los cabezas rapadas más jóvenes. Acabó la convivencia y el hecho de compartir bares o encontrarse en conciertos. Desde entonces se vertebraron dos propuestas totalmente antagónicas que ya nunca se reencontrarian de manera amistosa».

estudios sociales subculturales británicos como *Subculture: the meaning of style* o *The style of the mods* (ambos de Dick Hebdige), *Folk devils and moral panics* de Stanley Cohen, *Resistance through rituals; youth subcultures in Britain* de Stuart Hall y Tony Jefferson o *Hooligan, a history of respectable fears* de Geoffrey Pearson. Es, lisa y llanamente, un libro serio sobre un asunto igualmente serio, que los académicos convencionales, en su eterna miopía, habían pasado por alto por considerarlo un asunto de gamberros chusmeros, un afluente raquíutico de tufo anglófilo sin incidencia real en el gran río de la Historia Con Mayúsculas.

A la vez, que el tema esté tratado con seriedad no significa que lo inhabilite para despertar un amplio espectro de emociones en el lector. Al leerlo, yo mismo atravesé una serie de reacciones que iban desde la alegría más cándida (por la prehistoria y primeras manifestaciones del culto, en las figuras de François «Roudoudou» y otros), al placer del reconocimiento puntual⁰¹⁰ (aunque fuese con historias no exentas de lados oscuros, como la normalización de los *skinheads* «ambiguos» de *The Firm*), a la tristeza vicaria del espectador de catástrofes (todas las peleas, de Toy Dolls en 1986 a la algarada de Las Ramblas de aquel 12-O, etc.), incluso la carcajada.

Leen bien. A riesgo de ser amonestado por el autor, que ha registrado los hechos con la mayor formalidad científica, me reí en voz alta varias veces. Las contradicciones inherentes en la mayoría de cultos juveniles se multiplican por cientos en el caso de los *skinheads* de ultraderecha, con su cómico universo alegórico, su mundo de racialidad fantástica, su virilidad teatralizada y, cómo decirlo, patente cacao mental, producto sin duda de lo difuso del pensamiento nacionalsocialista (una serie de eslóganes ramplones que esconden sed de poder a cualquier precio), pero también de las cuestionables luces (y carencia de lecturas) de algunos de los implicados⁰¹¹.

Les dejo ya con la obra, no sin recordarles una vez más que están a punto de leer un documento histórico de excepcional relevancia cultural.

010 Permítanme un rincón de orgullo local: mi pueblo, Sant Boi, aparece nombrado varias veces.

011 Estas cosas siempre me han hecho gracia, qué le voy a hacer. Cómo no partirse de risa, a ver, cuando Viñas (a quien imagino con rostro impertérrito) nos informa de que el núcleo neonazi vasco, autores de perlas grafiteras como «Andaluces = Africanos ¡Fuera de Euskadi!», contaba con una docena de miembros (LOL) que al poco tiempo se redujo a media docena (doble LOL).

El esfuerzo titánico, exitoso, de Carles Viñas se solidifica aquí en lo que desde ahora podemos calificar como uno de los grandes libros de subcultura, aquí o en el extranjero. Espero que lo disfruten como lo he hecho yo.

Barcelona, 26 de noviembre de 2023